



FACULTAD CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

**INFLUENCIA DE LAS RELACIONES FAMILIARES EN LAS
RELACIONES ROMÁNTICAS EN PREADOLESCENTES Y
ADOLESCENTES**

LARA GARCÍA FERREIRO
ELISA HORMAECHEA
DAVID PANIAGUA

Madrid
Mayo 2016

LARA
GARCÍA
FERREIRO

**INFLUENCIA DE LAS RELACIONES FAMILIARES EN LAS RELACIONES
ROMÁNTICAS EN PREADOLESCENTES Y ADOLESCENTES**



RESUMEN

El objetivo de esta investigación fue analizar las relaciones interpersonales (románticas) que establecen los preadolescentes y adolescentes, la relación de estos con su estructura familiar en una muestra (N=385). El rango de edad de los participantes se ha dividido en dos grupos: los preadolescentes cursando sexto de Primaria (n= 149) y los adolescentes cursando tercero de la E.S.O. con edades comprendidas entre los 14-15 años (n= 236). El estudio se realizó en 6 colegios públicos de la Comunidad de Madrid. No se ha encontrado relación entre el estado civil de los padres y la calidad de estas relaciones interpersonales románticas. En el caso de las chicas, se encontró que las jóvenes de padres divorciados tienen una relación de peor calidad con el padre y mejor con la madre que las chicas de padres unidos. Por otro lado, no se puede afirmar que existan diferencias estadísticamente significativas en la duración media de la última relación entre hijos de padres casados y divorciados. Los resultados indican que los hijos adolescentes de padres divorciados no perciben una ansiedad generalizada mayor que los hijos de padres casados.

Palabras clave. Adolescencia, relaciones románticas, divorcio, iniciación sexual, preadolescencia

ABSTRACT

The objective of this investigation was to analyze the effects of family structure on the interpersonal (romantic) relationships of preadolescents and adolescents. The sample size was (N=385). The sample was divided into two groups: preadolescents (n= 149) and adolescents (n= 236). The study was conducted in six public high schools in the greater Madrid area. We were not able to establish a clear correlation between the civil status of the parents and the quality of interpersonal romantic relationships of their offsprings. Nevertheless, we could demonstrate that girls from divorced parents tend to have a stronger bond with their mother than girls from intact families. Furthermore, we were able to demonstrate that the civil status of the parents has no statistical relevant effect on the medium duration of the interpersonal relationships of their offsprings during neither preadolescent nor adolescence. Our findings indicate that children from divorced parents show no “generalized anxiety” in comparison to children from married parents.

Key words. Adolescence, romantic relationships, divorce, sexual initiation, preadolescence

Introducción

El progreso y elaboración del cuadro social, aquel donde se establecen lazos de comunicación y futuras relaciones adultas, es fruto de los vínculos fundados durante la niñez con los padres e iguales. Las relaciones más tempranas con los padres y con los iguales tienen un papel clave en la construcción del paisaje social en el que se desarrollarán las futuras relaciones adultas (Bengoechea, 1992).

La adolescencia

Los conceptos de pubertad y adolescencia ya diferentes por definición, fueron acordados según la Organización Mundial de la Salud de la siguiente manera:

La pubertad es el conjunto de modificaciones puramente orgánicas, comunes a todas las especies con fenómenos neurohormonales y antropométricos. Ocurren cambios orgánicos que llevan a la madurez biológica adulta con dimorfismo sexual y a la capacidad reproductiva.

La adolescencia es el período de transición Bio-Psico-Social que ocurre entre la infancia y la edad adulta. Ocurren modificaciones corporales y de adaptación a nuevas estructuras psicológicas y ambientales que llevan a la vida adulta. Este período puede durar desde los 10 hasta los 20 años.

Dentro de la adolescencia se diferencian tres períodos: la adolescencia temprana o preadolescencia (10-13 años), caracterizada por la preocupación del aspecto físico y carácter emocional. La adolescencia media (14-16 años) aquella en la que la preocupación incide en la afirmación personal social y, por último, la adolescencia final (17-19 años) donde la inclinación reside en el ámbito social .

Por esta razón la condición de adolescente no es uniforme y varía de acuerdo al grupo social que se considere. Este trabajo se basará en las definiciones sobre la adolescencia y sus períodos de la OMS.

El apego

El distanciamiento con respecto a los padres tiende a ir acompañado por una mayor conexión con los iguales. Éste vínculo irá ganando confianza en el terreno íntimo y, por consiguiente, los iguales serán un apoyo emocional para los adolescentes y generarán apego entre ellos. Una perspectiva similar a la que anteriormente representaban los padres (Collins y Laursen, 2004).

Asimismo, Collins y Steinberg (2006) también comparten esta evidencia empírica que señala el alejamiento en las peticiones de consejo y apoyo en los padres y un aumento del apoyo en los iguales.

Existe un cambio en la relación del apego jerárquico a una relación horizontal. Esta transformación sucede al haber una excesiva dependencia emocional con los iguales desde el principio, así lo indicó Hartup (1993). Si el niño ha estado habituado a esforzarse para conseguir la aprobación siempre de los padres, ahora el papel y fin primordial es el de agradar a los iguales, debido al enriquecimiento de cubrir las necesidades que éstos le proporcionan.

Siguiendo la teoría del apego de John Bowlby (1969) establece que una necesidad básica que tenemos los seres humanos es la de crear vínculos sanos emocionales con nuestros padres. Cada ser humano necesita establecer ese apego para funcionar de manera adaptativa. El bienestar percibido en las relaciones de pareja va a depender del estilo de apego establecido. En personas con apego seguro se va a percibir mayor bienestar de pareja que en las personas con apego inseguro (Hazan y Shaver, 1987). Estos autores también concluyeron que las conductas adultas en las relaciones de pareja están condicionados por las relaciones tempranas del niño con sus cuidadores. Las personas con apego seguro percibían sus relaciones de pareja con más felicidad, amistad e intimidad y la duración de sus relaciones eran mucho mayor. El apego de los hijos de padres separados es diferente al de los hijos de padres unidos.

La sexualidad en la adolescencia

Una vez cumplidos los dos años de edad, es cuando empiezan abrirse a las primeras amistades, así lo afirmó Howes (1988). Se observó a que género se decantaban para un primer acercamiento, y normalmente elegían al del mismo sexo. No obstante, en las niñas esta tendencia suele aparecer antes que en los niños, sobre todo durante el ciclo preescolar.

Durante la adolescencia ocurre todo lo contrario: aumenta el interés por indagar sobre la mente de sexo opuesto y por consiguiente ampliar el círculo de amigos/as. La aparición de los primeros sentimientos de carácter romántico se da en este periodo. Según los investigadores Furman y Wehner (1997), una relación de pareja en la adolescencia puede servir para cubrir cuatro exigencias propias: el intercambio de cuidados, compañía, apego y relaciones sexuales. Las primeras relaciones románticas servirán al adolescente para colmar sus necesidades sexuales y de compañía. Los adolescentes crean un vínculo estable con una pareja sexual, que reemplaza definitivamente a los padres en la jerarquía de figuras de apego, sería la meta final del curso evolutivo del sistema de apego. Durante la adolescencia tardía y la adultez temprana, el vínculo afectivo comenzará a complacer los cuidados y la necesidad de apoyo. La búsqueda de la seguridad (apego) que pueda sustituir la figura de los padres, es con el fin de crear una relación estable con una pareja sexual (Scharf y Mayselless, 2007).

En todo el periodo de la adolescencia se perciben cambios físicos, psicológicos y tendencias sexuales primarias y secundarias. En el terreno psicológico el aspecto más desarrollado es el del intelecto y la elaboración de la identidad. Se destapan conductas de egocentrismo, bruscos cambios de humor, sentido de omnipotencia y la necesidad de pertenecer a un determinado grupo social. En definitiva, marcan unos años de descubrimiento donde se determinan, asimismo, los conceptos de autoestima y valoración de sí mismos.

Navarro, Reig, Barberá y Ferrer (2006) comentan que para los chicos la iniciación en el campo sexual es elemental para interactuar con su grupo de iguales, se percibe como éxito, mientras que para las chicas es un ápice más de la experiencia

amorosa. Baumeister y Tice (2000) matizan una mayor curiosidad e interés en el plano íntimo en los chicos, ya que les induce a tener un mayor número de parejas sexuales y muestran niveles más elevados en homofobia.

Si hablamos de una situación delicada, Oliver y Hyde (1993) indican que en la gran mayoría de los casos, cuando se comete un acto de violencia sexual, esta es ejercida por un hombre sobre una mujer.

El escepticismo respecto al interés en las relaciones de corta duración ha sido uno de los principales factores para que la investigación en esta área haya sido prácticamente nula. De ahí que hasta ahora el análisis sólo se centraba en el tema sexual (no romántico) de las relaciones. Por tanto, investigar y profundizar en este campo es absolutamente necesario para iluminar cuestiones de cómo, y en qué condiciones, las relaciones románticas y de amistad afectan al desarrollo individual de los adolescentes (Lera, 2002).

Scharf y Mayseless (2007) señalaron que para un adolescente el progreso de acercamiento con sus iguales es para conseguir una autonomía emocional, y así después, poder establecer relaciones sentimentales y sexuales.

Para Collins y Repinsky (1994), la adolescencia se caracteriza por un distanciamiento emocional, una disminución de las expresiones de afecto y poca inversión de tiempo junto a los padres. También se instaure una progresión en el campo de la privacidad. Es entonces cuando la comunicación sufre un deterioro. A partir de la pubertad los iguales tienen un papel muy importante a la hora de proporcionar sentimientos de seguridad y de ayudar a regular el estrés en situaciones de dificultad. Por otra parte, las discusiones y conflictos entre padres e hijos pasan a formar parte de la vida cotidiana en familia (Collins y Steinberg, 2006).

La adolescencia de hijos de padres divorciados

Amato y DeBoer entre el año 2000 y 2001 recopilaron todas las investigaciones realizadas a partir de la última década del siglo XX. Las conclusiones han indicado que aquellas familias compuestas por adultos divorciados o separados

con niños puntúan por debajo de las familias unidas en el campo de las habilidades sociales. Este resultado podría conllevar que de cara al futuro aquellos que se han visto afectados por esta ruptura presentan mayores conflictos; tanto en el matrimonio como en la relación de pareja.

Un estudio realizado por Valdés *et al* (1995), que ha tratado el tema de los factores de riesgo y los factores protectores frente a situaciones de adversidad, llega a una interesante conclusión: entre los primeros factores para el desarrollo de la psicopatología de los adolescentes se halla el divorcio y la violencia en el ámbito familiar. El divorcio podría influir en las relaciones de hijos de padres separados, estos podrían tener percepciones negativas a la hora de establecer relaciones de pareja.

Las consecuencias del divorcio en las relaciones de pareja

La calidad de las relaciones familiares, paterno-filiales y el cambio de condiciones económicas afecta a la estabilidad emocional de los hijos tras el divorcio, así lo indica Buendía (1998). La esperanza de un reencuentro parental, el temor a volver estrechar lazos de amistad o que un noviazgo fracase son las variables denominadas “desarrollo de creencias o atribuciones” recogidas por Hazzaro, Christensen y Margolin (1983).

Las variables de atribución más comunes entre los niños de padres divorciados, según los resultados recogidos por Pons-Salvador, Frías y Del Barrio de Children’s Beliefs About Parental Divorce Scale (1996), son: sentimiento de “no aceptación”, acusación hacia los padres, falta de amparo de una de las partes y creerse la causa de la situación. Todo esto podría influir a la hora de poder establecer relaciones de dependencia. El divorcio genera en los hijos de padre separados sentimientos de inestabilidad, de abandono y estado de ánimo bajo. Los hijos de padres divorciados a la hora de tener una relación de pareja podrían generar vínculos dependientes y en ellos puede aparecer el miedo al abandono y al rechazo (Buendía, 1998).

Después del divorcio los hijos tienden a modificar su carácter y actitud. Se establecen cambios conductuales y entre los más destacados se destaca la ira, el

nerviosismo, la tristeza, y el ataque directo hacia el panorama familiar. Esto podría influir en sus relaciones de pareja; los hijos de padres divorciados suelen tener más conflictos en pareja y se muestran más agresivos que los hijos de padres no divorciados (Hetherington, Cox y Cox, 1985).

Entre los niños de edades más tempranas se detectan otras dimensiones como son la sumisión o el retraimiento social y, en consecuencia en edades posteriores, una desatención por las normas y un aumento de problemas conductuales (Wallerstein y Kelly, 1975). Es decir, a nivel conductual las consecuencias del divorcio serán diferentes en función de la edad que tenga el niño. Los hijos preadolescentes de padres separados se mostrarán más inhibidos a la hora de interactuar socialmente, en cambios los hijos adolescentes manifestarán conductas desafiantes y negativistas a la autoridad.

Cuando el desenlace del divorcio sucede “imprevisiblemente” para los niños y además reciben una menor atención (debido a la situación por la que está pasando la familia) sienten una sensación de pérdida sumada a una desesperanza del compromiso eterno (Vallejo Orellana *et al*, 2004). Esto afectaría a las relaciones de pareja que puedan establecer en el futuro. A lo largo del tiempo van gestando ideas infundadas de forma involuntaria sobre lo negativo que es tener una relación de pareja. Esto podría persistir y reforzarse durante la adolescencia hasta la adultez debido a la experiencia personal del divorcio de sus padres en primera persona (Hetherington y Kelly, 1975).

Las atribuciones de los hijos hacia los progenitores

Uno de los fundamentos según Hetherington *et al.* (1992) es que cuando al niño se le habla mal del padre, ya que naturalmente suelen vivir con la madre, podría comenzar a ver a su progenitor masculino de una forma más reacia y negativa; una nueva visión desconocida hasta ese momento. Otro motivo a ensalzar es el que recogen Furstemberg (1988) y Zill (1988) cuando aseguran que, si bien el padre tiene frecuente contacto en los primeros meses después del divorcio, posteriormente, algunos de ellos se van alejando de sus hijos, lo que puede facilitar esa imagen negativa que puede motivar a dicho alejamiento. La valoración diferenciada del clima

socio-familiar que realizan los chicos de más edad con respecto a los más jóvenes nos sugiere que tal apreciación está determinada no sólo por el desarrollo evolutivo, sino también por las expectativas y diferentes roles que se ven obligados a satisfacer en su familia los hijos mayores. En algunas ocasiones a los hijos se les pide que desempeñen algunas de las funciones del padre que se ha ido (Hetherington, 1979). Funciones y cargos que los hijos menores no harían, tal y como apunta Brown y Hobart (1998), y donde el apoyo moral recae sobre los hijos mayores para consolar a la madre. Esto podría influir en un futuro en sus relaciones de pareja, los hijos de padres separados podrían tender a asumir el peso y la responsabilidad de la relación, sacrificándose más por su pareja (Hetherington, 1979).

Transcurrido un año del divorcio, tanto la madre como el padre, pueden estar más preocupados por su depresión durante el duelo que por el cuidado de los hijos. Esto produce una carencia de afectos emocionales y, en efecto, podrían resultar incapaces de atender las necesidades de sus hijos. Así lo anunciaba Hetherington (1979) que sostenía que ese *impass* del divorcio podría afectar cualitativamente dependiendo de la edad. Las edades comprendidas entre los 8 y 14 años de hijos con padres divorciados comparados con las familias unidas de sus iguales presentan atribuciones más negativas hacia el padre que hacia a madre (Sroufe *et al*, 2005). Donde también coinciden en ese intervalo de tiempo, Wallertein y Kelly (1975) y Brown y Hobart (1998) es en que el sentimiento de culpabilidad se instaura en los más pequeños, mientras que en los mayores el nivel de confianza en sí mismos los vuelve más fuertes ante el divorcio de sus padres. En el momento en el que se produce el divorcio, cuanta más edad tengan los hijos menos afectará a su autoestima y más seguros se sentirán a la hora de establecer una relación de pareja (Hetherington, 1979).

Según Block y Morrison (1981) y Hetherington (1979), cuando los hijos más pequeños, entre 8 y 11 años respectivamente, son testigos de discusiones, violencia verbal y reproches entre los padres, padecen trastornos notorios en la conducta y conflictos de lealtad y esto puede afectar a las futuras relaciones de pareja. Wallerstein (1994) realizó un estudio longitudinal con más de 100 personas a lo largo de 26 años y encontró que las consecuencias negativas del divorcio en los hijos de padres divorciados no se acotaban solamente al periodo del momento del divorcio, sino que perduraban toda su vida. En los hijos de padres divorciados perduraba la idea

de que su relación de pareja podría durar poco tiempo y se comprometían menos con su cónyuge que los hijos de familias intactas. A la hora de percibir la felicidad subjetiva y estabilidad que te aporta tu pareja, el compromiso será la variable clave.

La figura paterna

La ausencia de la figura paterna, así inciden McLanahan (1994), se manifiesta en una menor implicación en el ámbito escolar, y ya en la adultez en la falta de aliciente de ocupación laboral en los hombres, y, en el caso de las mujeres, maternidades tempranas. Ser madre joven podría influir en la relación de pareja con una menor implicación por parte de la esposa, ya que la prioridad de la mujer será su hijo y esto afectaría en una posible percepción de desatención por parte del hombre (Sandefur, 1994).

Para que un niño tenga un desarrollo adecuado es importante la presencia de la figura paterna, ya que éste les transmite una autoridad moral. Así lo habrían indicado Amato y Gilbreth (1999), una vez obtenido los resultados. Las mujeres podrían percibir a los hombres como ausentes, poco disponibles, nada cariñosos y personas que abandonan. A la hora de establecer su relación de pareja estas ideas podrían influir.

En los casos de divorcio, con relativa frecuencia, se desempeñan una serie de ejercicios equívocos donde el control sobre los hijos es inexistente. Además, visto desde el círculo del hogar, el cual es el primero en transformarse, algunos hijos se han visto obligados a asumir y sobrellevar una serie de responsabilidades que hasta entonces no les concernía (Amato y Gilbreth, 1999).

Las relaciones de pareja

Es en la adolescencia cuando se desarrolla una identidad diferenciada, así lo planteaba María José Díaz-Aguado (2005), donde el joven elabora un plano vital y una hipótesis de lo que quiere hacer en el futuro sin temor a la incertidumbre. En el círculo romántico, en cambio, las parejas comienzan a ser exclusivas, hay duración en la relación a largo plazo y aumenta la intimidad sexual. Con el paso del tiempo tales

relaciones adolescentes evolucionarán hacia una posible convivencia y matrimonio en la edad adulta.

Maccoby (1990) basó su argumento en las diferencias de segregación entre géneros. Cuando los niños, independientemente del sexo, eligen a sus iguales para un primer contacto de juego o interacción, escogen a aquellos con los que haya un mejor entendimiento. Por esa misma razón, durante la infancia, los varones se acomodan con sus iguales y las féminas preferirán jugar entre ellas. Esto provocará en el futuro que se generen estilos distintos, ayudando a que hombres y mujeres sean diferentes pero deseen interactuar y entenderse.

De hecho tales interacciones son muy diferentes a épocas anteriores, ahora los adolescentes han cambiado el tipo de comunicación e interacciones que establecen los unos con los otros. Esto ha sido por la llegada de las nuevas tecnologías que les ha abierto las puertas a un auténtico descubrimiento de nuevos escenarios de comunicación (Krauskopf, 2000). Estas nuevas tecnologías ayudarán a la hora de poder tener vías de comunicación, pero también crearán malentendidos y conflictos.

Por tanto a la hora de establecer relaciones de pareja hay que tener en cuenta que las características de los individuos como género, raza/etnia, estructura familiar y nivel socioeconómico tienen influencia en las relaciones románticas adolescentes que persisten a durante la edad adulta.

Por todo esto me interesa desarrollar el presente trabajo que es de especial importancia para el área de la Psicología Social. Las primeras interacciones en diferentes ámbitos son determinantes para el desarrollo psicoemocional de la persona con su consiguiente repercusión en la vida adulta.

El escenario está listo para que las investigaciones vayan más allá de los mitos; hacia un conocimiento más amplio acerca de las contribuciones de las experiencias románticas. No sólo para el desarrollo del preadolescente y adolescente, sino para el curso de la vida humana.

El objetivo de este trabajo es analizar las relaciones interpersonales (románticas) que establecen los preadolescentes y los adolescentes y cómo influye la estructura familiar en las relaciones adolescentes.

En el presente trabajo se van a desarrollar las siguientes hipótesis:

Hipótesis 1: Se espera que la duración media de las relaciones de noviazgo entre los hijos de padres divorciados sean de menor duración que la de los hijos de padres casados.

Hipótesis 2: Los hijos adolescentes de padres divorciados perciben una ansiedad generalizada mayor que los hijos de padres casados lo que podría influir en sus relaciones.

Hipótesis 3: Las relaciones con los padres serán distintas en función de la edad (preadolescente y adolescente) y en función del sexo (chico/chica).

Hipótesis 4: La falta de desarrollo en los caracteres sexuales está asociado con no haber iniciado las relaciones de pareja en etapas preadolescentes y adolescentes, (considerados como grupos de edad separados o como un solo grupo).

Método

Participantes

La muestra está constituida por 385 escolares de edades comprendidas entre los 11 y los 15 años, con una media de edad de 13,47 (desviación típica = 1,69). No obstante, con la finalidad de poder establecer diferencias entre la preadolescencia y la adolescencia, este rango de edad se ha dividido en dos grupos: los preadolescentes cursando sexto de Primaria, cuyas edades están comprendidas entre 11-13 años (n = 149) y los adolescentes cursando tercero de la E.S.O. con edades de 14-15 años (n = 236). Esta muestra se encuentra equilibrada por sexos (45,1% de chicos y 54,1% de chicas). En este estudio han participado 175 chicos y 210 chicas.

Dividida la muestra por cursos, la proporción de sexos es ligeramente distinta: 57,2% de chicas en tercero de la E.S.O. (n = 136) frente al 50% de chicas en sexto de Primaria (n = 74). En cambio, en los chicos el 57,14% en tercero de la E.S.O. (n = 100) frente al 42,86% de chicos en sexto de Primaria (n = 74). La edad del grupo de alumnos de sexto de Primaria es de entre 11 y 13 años, con una media de 11,55 y una desviación típica de 0,60 , mientras que para el grupo de estudiantes de tercero de la E.S.O. está comprendida entre 14 y 17 años, con una media de 14,69 y una desviación típica de 0,77.

La muestra fue seleccionada ad hoc en seis centros públicos de la Comunidad de Madrid con docencia en educación primaria o secundaria. La mayor parte de las familias de la muestra están integradas por ambos padres casados 299 participantes (77,1%) de los 375 participantes. En menor proporción se encuentran las familias cuyos padres están separados o divorciados 65 personas de la muestra (16,8%), 16 personas de la muestra tienen las familias cuyos progenitores viven juntos sin casarse (4,1%), las familias monoparentales, y 3 personas viven la situación de que el padre o la madre han quedado viudos (0,08%).

Procedimiento

Todos los participantes respondieron al cuestionario en horario lectivo, tras ser informado de la actividad el profesor/a correspondiente. Los alumnos/as debieron rellenar un cuestionario, que consta de diversas partes en las que se analizarán las concepciones que los alumnos/as tienen sobre las relaciones de pareja y los distintos valores humanos. El cuestionario fue aplicado de forma colectiva. El diseño del cuestionario se adecua a los niveles de edad correspondientes para su correcta comprensión. La cumplimentación fue anónima y voluntaria y así se explicó. Se comentó a los alumnos el motivo de la participación en esta investigación, previo consentimiento firmado por escrito de los padres de cada uno de ellos.

Los datos obtenidos fueron tratados de acuerdo con lo establecido por la Ley Orgánica 15/1999, de 13 de diciembre, de Protección de Datos de Carácter Personal, considerando lo posteriormente delimitado por el Real Decreto 1720/2007, de 21 de diciembre, por el que se aprueba el Reglamento de desarrollo de la citada L.O. En base a ello, dichos datos tuvieron un tratamiento estrictamente confidencial y sólo tendrán valor

estadístico. Se preservará, por tanto, el anonimato tanto para la información aportada por cada persona individual como para la información de cada centro.

Materiales

El cuestionario consta de múltiples apartados con preguntas acerca de una serie de características personales.

- a) Datos personales demográficos
- b) Qué calidad de relación tiene con las figuras parentales. La pregunta consistió en una escala tipo Likert con seis opciones de respuesta (sin respuesta neutra)
- c) Su historial de relaciones de pareja y duración de cada una de ellas
- d) Un ítem de autoinforme sobre el grado de desarrollo de los caracteres sexuales secundarios (femeninos y masculinos)
- e) Cuestionario CMAS-R para medir la ansiedad generalizada (Reynold y Richmond, 1997). Fiabilidad y validez, 0,80 y 0,83
- f) Cuestionario AMI, es un cuestionario de actitudes ambivalentes. Sus autores fueron Glick y Fiske en 1999. La versión adaptada en español fue desarrollada por Lameiras, Rodríguez y Sotelo en el año 2001. La fiabilidad es de 0,75.

Los datos recogidos fueron procesados y analizados a través del programa SPSS 17.0 (SPSS Inc., 2008).

Variables analizadas

- Variables independientes. Este estudio recoge las siguientes variables independientes: 1) estado civil de los padres del chico/a (casados, viven juntos sin casarse y separados/divorciados); 2) sexo del participante (chico o chica); 3) edad del sujeto (preadolescente y adolescente); 4) curso (sexto de Primaria y tercero de la E.S.O.); 5) tipo de relación (relación de pareja); 6) inicio de la relación de pareja.
- Variables dependientes. Para el presente trabajo se estudian las siguientes variables dependientes: 1) la duración media de las relaciones de noviazgo (en

días); 2) la ansiedad generalizada; 3) la relación con sus progenitores; 4) el desarrollo de los caracteres sexuales.

Resultados

Análisis estadísticos

Antes de realizar las pruebas estadísticas se comprobaron los supuestos de normalidad con la prueba de Kolmogorov-Smirnov (todas las significaciones fueron mayores a 0,05). También se asumió la independencia y se estudió la igualdad de varianzas (homocedasticidad) con la prueba de Levene para la *t* de Student.

Hipótesis 1. Se aplicó la prueba *t* de Student para muestras independientes $t(47,999) = 0,979$, $p = ,332$, con lo que se concluye que no se puede decir que existan diferencias en la duración media de la última relación entre hijos de padres casados y divorciados.

Hipótesis 2. Los grupos estaban compuestos por 18 participantes de padres separados y 67 de padres casados. Como en uno de los grupos había menos de 30 participantes, no se podía garantizar que la variable medida siguiera una distribución normal (Pardo y San Martín, 2010). Para comprobar si la distribución es normal, se aplicó la prueba de Kolmogorov-Smirnov para una muestra.

Con una significación $p = ,242$, puede mantenerse el supuesto de que la variable sigue una distribución normal. Una vez comprobado esto, se aplicó la prueba *t* de Student para muestras independientes $t(83) = -1,244$, $p = ,418$. Al no tener ninguna prueba de que la hipótesis nula no se cumpla, no se puede afirmar que haya diferencias en la ansiedad de hijos de padres casados y divorciados.

Hipótesis 3. Para cada una de estas afirmaciones se ha llevado a cabo una tabla de contingencia con su correspondiente prueba de Chi-cuadrado.

Utilizando la prueba de Chi-cuadrado $\chi^2(1, N= 366) = 4,908$, $p = ,027$, se mantiene la hipótesis alternativa, es decir, se obtiene evidencia de que las chicas se llevan peor con los padres que los chicos.

Utilizando la prueba de Chi-cuadrado $\chi^2(1, N= 380) = 3,412, p = ,065$, se observa que se ha de mantener la hipótesis nula, con lo que no podríamos afirmar que exista una relación entre el sexo del participante y su relación con la madre.

Utilizando la prueba de Chi-cuadrado $\chi^2(1, N= 367) = 1,697, p = 0,193$, se obtiene que ha de mantenerse la hipótesis nula, es decir, no podemos afirmar que exista una relación entre el curso del participante y la relación con el padre.

El curso influye en si te llevas bien con la madre. Utilizando la prueba de Chi-cuadrado $\chi^2(1, N= 381) = 3,236, p = ,072$, se observa que se mantiene la hipótesis nula, no hay evidencias para afirmar que el curso influya en la relación con la madre.

Hipótesis 4. Utilizando la prueba de Chi-cuadrado $\chi^2(3, N = 148) = 3,491, p = ,322$, obtenemos que se mantiene la hipótesis nula, es decir, no hay evidencia de relación entre el desarrollo de los caracteres sexuales y haber iniciado las relaciones de pareja en los preadolescentes.

Utilizando la prueba de Chi-cuadrado $\chi^2(3, N= 236) = 4,992, p = ,172$, se mantiene la hipótesis nula, es decir, no hay evidencia de relación entre el desarrollo de los caracteres sexuales y haber iniciado las relaciones de pareja en los adolescente .

Utilizando la prueba de Chi-cuadrado $\chi^2(3, N= 384) = 20,387, p < 0,001$ se observa que el desarrollo de los caracteres sexuales está relacionado con haber iniciado las relaciones de pareja, en contraste con las dos pruebas realizadas anteriormente. El posible sentido de este hallazgo se discute en el apartado correspondiente.

Discusión y conclusiones

El objetivo de este trabajo era analizar las relaciones interpersonales (románticas) que establecen los preadolescentes y los adolescentes y su relación con su estructura familiar y sus relaciones paterno- filiales.

Se esperaba que la duración media de las relaciones de noviazgo entre los hijos de padres divorciados fueran de menor duración que la de los hijos de padres casados. El resultado obtenido en el presente trabajo no confirma esta hipótesis. No se puede decir que

existan diferencias estadísticamente significativas en la duración media de la última relación entre hijos de padres casados y divorciados. Estos resultados difieren de los aportados por Amato y DeBoer (2001) que concluyen que los hijos de padres divorciados puntuaban peor en el área de las habilidades sociales y se mostraban más conflictivos en sus relaciones de pareja.

Sin embargo, nuestros resultados se pueden explicar con los hallazgos de Cherlin, Chase-Lansdale y McRae (1998). Estos autores afirman que los niños de padres divorciados ya tenían dificultades antes de que se produjese el divorcio. En realidad, más que el divorcio propiamente dicho, lo que causa patología en la infancia y adolescencia es el conflicto parental continuado. La violencia intraparental provoca conductas patológicas externalizantes e internalizantes (Emery, 1989). Según las conclusiones de Hetherington (1979), los niños van a encajar lo ocurrido por el divorcio según su nivel de desarrollo y la experiencia va a ser diferente en función de la edad del niño. Por esto, el divorcio en sí mismo puede no tener ninguna repercusión en las relaciones de pareja de los adolescentes.

Nuestra segunda hipótesis tampoco se confirma ya que los hijos adolescentes de padres divorciados no perciben una ansiedad generalizada mayor que los hijos de padres casados lo que podría influir en sus relaciones. En el estudio de Hetherington y Kelly (2002), si encontraron en los hijos de padres separados altos niveles de ansiedad y estrés.

Sin embargo, conviene observar que las diferentes reacciones ante el divorcio dependen de la vulnerabilidad del niño/a, pues los hijos/as se adaptan peor a los cambios y se muestran más frágiles a las adversidades y a la nueva situación (Hetherington, 1979). Este estado va a ser temporal. En los niños se pueden manifestar sentimientos de ánimo bajo, baja autoestima y autoconcepto, sentimientos de culpabilidad, resentimiento de la salud, tristeza y dolor por lo ocurrido. Por otro lado, Wallerstein *et al.* (1975) concluyeron que si bien es verdad que hay un periodo al principio donde se experimenta ansiedad, estrés, tristeza, rabia e ira, luego las personas se adaptan y empiezan a hacer frente a las demandas diarias y cotidianas. Los niños de padres divorciados se suelen adaptar a la situación de tal manera que no perciben más ansiedad que la que tenían antes del divorcio de sus padres.

Otra de las hipótesis era que las relaciones con los padres serán distintas en función de la edad (preadolescente y adolescente) y en función del sexo (chico/chica).

Se confirma parcialmente esta hipótesis. Se ha encontrado que las chicas de padres divorciados se llevan peor con su padre que las hijas de familias no divorciadas. No se ha encontrado un resultado similar en chicos ni en ninguno de los grupos de edad. Esto puede ser debido a que muchos de los progenitores (en especial la madre) se maneja con sus hijos, sobre todo con su hija, como si fuera extensión de ella misma, no perciben a sus hijas como seres individuales con necesidades propias. Las hijas perciben a su padre con connotaciones más negativas que los hijos varones, éstas podrían estar influenciadas por la opinión materna.

Estas disfuncionalidades surgen principalmente en el contexto de las disputas por la guarda y custodia de los niños. De manera injustificada, muchos padres critican y difaman a su ex cónyuge. Según estudios de Gardner (1985), en los niños de padres divorciados se podría producir un síndrome llamado alienación parental. Los padres difamadores “lavan el cerebro” al niño en contra del otro progenitor y hacen propaganda desprestigiando y menospreciando al otro cónyuge (Chacón, 2008). Y esto podría influir en las relaciones de pareja de las mujeres percibiendo al hombre como una figura dañina. Esto hará que las hijas de padres divorciados tengan más conflictos con sus cónyuges en las futuras relaciones de pareja (Chacón, 2008).

Por otra parte, separados por grupos de edad, no encontramos relación entre el grado de desarrollo puberal y el haberse iniciado en relaciones amorosas. No obstante, tomados todos los participantes en conjunto, sí encontramos esta relación. Esto puede deberse a que en el grupo de personas que han desarrollado caracteres sexuales secundarios hay una mayor proporción de adolescentes que en el grupo que no desarrolló dichos caracteres, con lo cual en el primer grupo hay más personas que han tenido más tiempo para iniciarse. Parece que el transcurso del tiempo influye en los adolescentes dándoles más oportunidades para haber tenido algún éxito amoroso.

La falta de desarrollo en los caracteres sexuales está asociado con no haber iniciado las relaciones de pareja en etapas preadolescentes y adolescentes (considerados como grupos de edad separados o como un solo grupo). No hay evidencias de que el grado de

desarrollo de los caracteres sexuales secundarios esté relacionado con un mayor éxito. Por lo tanto, no se puede concluir que se cumpla esta hipótesis.

Este trabajo tiene algunas limitaciones. Tal vez la limitación más importante es el diseño del estudio. Al tratarse de un estudio correlacional, no se pueden establecer relaciones de causalidad entre las variables estudiadas.

De igual modo, el diseño transversal permite realizar un estudio más rápido, pero no tenemos la completa garantía de que ambos grupos de edad sean homogéneos entre sí. Se han controlado por constancia diversas variables que podrían haber influido en los resultados, como el nivel socioeconómico y el lugar de procedencia. Sin embargo, en cada grupo de edad la proporción de participantes de uno y otro sexo era diferente, lo que tal vez haya influido en acrecentar diferencias en algunos de los estudios realizados.

Este hecho ha motivado a su vez que en algunos de los grupos formados hubiera pocos sujetos, lo que nos ha llevado, en primer lugar, a tener que utilizar pruebas de bondad de ajuste y, en segundo lugar, a considerar los resultados obtenidos con mayor cautela que en los demás casos. Por ejemplo, de los 375 participantes, sólo 65 sujetos tenían padres separados o divorciados, el 16,8% de la muestra.

A la hora de medir la duración de las relaciones de los participantes sólo se ha tenido en cuenta la última relación de cada uno de ellos. Es posible que esto haya interferido de forma decisiva en la medida de estas relaciones, pues no hay garantías de que las últimas relaciones sean iguales a las anteriores porque las relaciones varían con el tiempo (Berscheid, 2010).

El cuestionario se pasó de manera colectiva en cada clase, optimizando así los recursos disponibles. Usando cuestionarios se pierde la información individual que podría dar una entrevista.

Otra limitación ha sido el planteamiento del estudio, quizá demasiado ambicioso, una sola persona pasar cuestionarios en varios colegios a 375 niños y luego codificar tantos datos, resultó algo complicado que ha dificultado plasmar la parte teórica de la

introducción. Se podría plantear esto como una línea de investigación de carácter más doctoral en lugar de trabajo de fin de master.

En suma, desde este trabajo se propone seguir en la misma línea investigando y escribiendo más sobre el tema. En particular, es de especial importancia establecer las variables que median entre las diferencias encontradas entre hijos de padres divorciados y familias intactas en ciertas variables psicosociales.

Referencias

- Allen, J. P. & Manning, N. (2007). From safety to affect regulation: Attachment from the vantage point of adolescence. *New Directions for Child and Adolescent Development*, 117, 23-39.
- Amato, P.R., DeBoer, D.D. (2001). The transmissions of marital stability across generations: Relationship skills or commitment to marriage?. *Journal of Marriage and Family*, 63, 1038-1051.
- Amato, P.R., Gilbreth, J.G. (1999). Non-resident fathers and children's well being: A meta-analysis. *Journal of Marriage and the Family*, 53, 43-58.
- Amato, P.R.; Keith, B. (1991). Parental divorce and adult well-being: A meta-analysis. *Journal of Marriage and the Family*, 53(2), 43-58.
- Baumeister, R.F. y Tice, D.M. (2000). *The social dimension of sex*. Nueva York: Allyn y Bacon.
- Bengoechea, P. (1992) Un análisis exploratorio de los posibles efectos del divorcio en los hijos. *Psicothema*, 4, 491-511.
- Berscheid, E. (2010). Love in the fourth dimension. *Annual Review of Psychology*, 61, 1-25.
- Block, J.H., Block, J. y Morrison, A. (1981). Parental agreement-disagreement on child rearing orientations and gender-related personality correlates in children. *Child Development*, 52, 965-974.
- Brown, B. B., Feiring, C, & Furman, W. (1999). Missing the love boat: Why researchers have shied away from adolescent romance. *The Development of Romantic Relationships in Adolescence*, 1-16. New York: Cambridge University Press.
- Buendía, J. (1998). Familia y psicología de la salud. En J, Buendía, J.A. Ruiz y A. Riquelme (Ed.): *Efectos del estrés*

Chacón, F. (2008). El conceptualismo de Guillermo de Ockham y el debate sobre la existencia del Síndrome de Alienación Parental (SAP). *Guía del Psicólogo*, 284, 3.

Cherlin AJ, Chase-Lansdale PL. and McRae C. (1998). Effects of parental divorce on mental health through the life course. *American Sociological Review*, 63, 239–249.

Collins, W. A., and Sroufe, L. A. (1999). Capacity for intimate relationships: A developmental construction. *The Development of Romantic Relationships in Adolescence* 125-147. New York: Cambridge University Press.

Collins, W. A. and Repinski, D. J. (1994). Relationships during adolescence: Continuity and change in interpersonal perspective. En R. Montemayor, G. R. Adams, y T. P. Gullotta (Eds.), *Personal relationships during adolescence*, 7-36. Thousand Oaks, CA: Sage.

Collins, W. A. (2003). More than myth: The developmental significance of romantic relationships in adolescence, *Journal of Research on Adolescence*, 13(1): 1-24.

Collins, W. A. and Laursen, B. (2004). Parent-adolescent relationships and influences. En R. M. Lerner, y Steinberg, L. (Ed.), *Handbook of adolescent psychology*, 331-361. N. J.: Willey.

Collins, W.A. and Steinberg, L. (2006). Adolescent development in interpersonal context. En N. Eisenberg (Vol. Ed.), *Social, emotional, and personality development. Handbook of Child Psychology* (W. Damon and R. Lerner, Eds.), 1003-1067. New York: Wiley.

Díaz-Aguado M.J. (2005). La violencia entre iguales en la adolescencia y su prevención desde la escuela. *Psicothema*, 17, 549-558.

Emery, R.E. (1989). Family violence. *American Psychologist*, 44, 321-328.

Feiring, C. (1996). Concepts of romance in 15 years-old adolescents. *Journal of Research on Adolescence*, 6, 2, 181-200.

Furman, W y Wehner, E.A. (1997). Adolescent romantic relationships: A developmental perspective. En S. Shulman y W.A. Collins (Eds), *New Directions for Child Development*. Vol 78, 21-36. Josset-Bass, San Francisco, CA. DD.

Furstemberg, F.F. (1988). Child care after divorce and remarriage. En E.M. Hetherington and J. Arasteh (eds), *Impact of divorce, singleparenting, and stepparenting on children*, 245-261. Hillsdale, NJ: Erlbaum.

Gardner, R. (1985). Recent trends in divorce and custody litigation. *Academy Forum*, 29 (2), 3-7.

Hartup, W.W. (1993). Adolescents and their friends. En B. Laursen (Ed.), *New directions for child development: Close friendships in adolescence*, 3-22. San Francisco: Jossey-Bass.

Hazan, C. and Shaver, P. (1987). Romantic love conceptualized as an attachment process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52 (3), 511-524.

Hazzaro, A., Christensen, A. y Margolin G. (1983). Children's Perception of parental Behaviour. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 11, 49- 59.

Hetherington, E. M. (1979). Divorce a child's perspective. *American psychologist*, 34, 851-858.

Hetherington, E. M., Cox, M. and Cox, R. (1985). Long-term effects of divorce and remarriage on the adjustment of children. *Journal of American Academy of Psychiatry*, 24, 518-830.

Hetherington, E.M. y Clingempeel W . G. (1992). Coping with marital transitions: a family system perspective. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 60, 1-14.

Hetherington EM, Kelly J. (2002). For better or for worse: Divorce reconsidered. Norton; New York.

Howes, C. (1988). Same and cross-sex friends: implications for interaction and social skills. *Early Childhood Research Quarterly*, 3(21-37).

Leaper, C . (1994). Childhood Gender Segregation: Causes and Consequences. *New Directions for Child Development*, 65, (67-86). San Francisco: Jossey-Bass.

Lera, M.J. (2002). *El fútbol y las casitas: Porqué las niñas y los niños son como son*. Sevilla: Guadalmena.

Maccoby, E.E. (1990). Gender and relationships. *Am Psychol*. 45: 513-520.

Maccoby, E. (1998). *The two sexes. Growing up apart, coming together*. Massachusetts: Harvard University Press.

McLanahan, S., Sandefur, G. (1994). Growing up with a single parent: What hurts, what helps. Cambridge, Mass., Harvard University Press.

Navarro-Pertusa, E., Reig-Ferrer, A., Barberá, E., y Ferrer-Cascales, R. (2006). Grupo de iguales e iniciación sexual adolescente: diferencias de género. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 6, 79-96.

Oliva, A. (2011). Apoyo en la Adolescencia. *Acción Psicológica*, 8, 55-65.

Oliver, M.B. y Hyde, J.S. (1993). Gender differences in sexuality: A meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 114, 29-51.

Pons-Salvador, S., Frías, D. y Del Barrio, V. (1996). Medición de las creencias de los niños acerca de la separación de los padres: Children's Beliefs about Parental Divorce Scale. *Universitas Tarraconensis*, XVII, (2), 179-192.

Scharf, M. & Mayseless, O. (2007). Putting eggs in more than one basket: A new look at developmental processes of attachment in adolescence. En M. Scharf, y O. Mayseless (Eds). *Attachment in Adolescence: Reflections and New Angles: New Directions for Child and Adolescent Development*. (No. 117), 1-22. San Francisco: Jossey-Bass (Wiley).

Sroufe, L. A., Egeland, B., Carlson, E., & Collins, W. A. (2005). Placing early attachment experiences in developmental context. En K. E. Grossmann, K. Grossmann y E. Waters (Eds.), *Attachment from infancy to adulthood: The major longitudinal studies*, 48-70. New York: Guilford Publications.

Valdés, M., Serrano, T., Florenzano, R., Canto, C., López, M. y Lara, P. (1995). Factores familiares protectores para conductas de riesgo: Vulnerabilidad y resiliencia adolescentes. *Revista de Psiquiatría Clínica*, 32 (2) 49-56.

Vallejo Orellana, R., Sánchez-Barranco Vallejo, F. y Sánchez-Barranco Vallejo, P. (2004). Separación o divorcio: trastornos psicológicos en los padres y los hijos. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría online*, 92 (10), 91-110.

Wallerstein, J.S. y Kelly, J.B. (1975). The effects of parental divorce. Experiencia of the preschool child. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry*, 14: 660-616.

Zill, N. (1988). Behavior, achievement, and health problems among children in stepfamilies: Findings from a national survey of child health. En E.M. Hetherington and J. D. Arasteh (Eds). *Impact of divorce, singleparenting and stepparenting on children*, 325-368,. Hilldale, N.J.: Erlbaum.

